

El hombre será un olvidadizo, y el artista un ingrato....

—Vamos, madre mía, usted sueña. Yo no me creo obligada á calcular de este modo. Valgo por mí misma, y tengo el orgullo de creer que si Derstal pensase en separarse de mí, perdería tanto que, si no su corazón, su inteligencia habría de impedirlo. Tranquilícese usted. Mi voz es sólida; me siento llena de energías y de valor, y el porvenir es nuestro.

Hundida en su butaca, la señora Brillant movía la cabeza con aire de duda; pero como, después de todo, su hija era festejada, celebrada, y además ganaba mucho dinero, no se atrevió á insistir ante el temor de contrariarla. Con todo, no aprobaba su modo de conducirse con Derstal, y no auguraba nada bueno.

II

Los primeros efectos de la gloria se tradujeron para Derstal en un gran número de invitaciones. Las señoras del gran mundo se habían impuesto como una obligación el presentar al joven compositor á sus invitados, y durante el invierno Derstal sirvió para aumentar la importancia de los salones en que se hace música. La atracción más grande que se podía ofrecer era la de contar con el compositor; pero Oliverio se hacía rogar mucho para acceder á tantas súplicas, por muy amables

que fuesen. Á la única casa que nunca faltó fué á la de la señora de Larsay-Bouteil, pues no podía olvidar la útil propaganda que la melómana marquesa había hecho en favor de Eva Brillant y de él mismo, y los dulces recuerdos de su vida de triunfos databan desde su aparición en casa de la noble señora. Esta había puesto apasionadamente toda su influencia y actividad para conseguir que llamasen la atención, y desde el momento en que uno y otra habían llegado á la celebridad, la linajuda señora gozaba de su triunfo tanto ó más que ellos mismos.

Con respecto á lo que había dicho á Eva, asegurándole que en su salón se doctoraban músicos y cantantes, no había habido la menor exageración. En su casa se reunía lo más escogido é inteligente que se podía encontrar, tanto entre los aficionados, como entre los profesionales, y los bandos más opuestos se encontraban allí sin querellarse nunca, sentándose junto á los devotos de Wagner y los fanáticos de Franck los discípulos de Gounod, cosa que provocaba una gran curiosidad y constituía el más seductor encanto entre los aristocráticos amigos de la marquesa. El principal sostén del salón de la noble señora era el temible crítico Lavirón, que desde hacía treinta años trabajaba en todas las ilustraciones contemporáneas en provecho de los grandes músicos del siglo XVIII, y sacrificando en el altar de Gluck á todos los maestros de las escuelas modernas. Acontecimiento

30634

sin precedente: Lavirón había recibido con agrado á Oliverio Derstal, y le daba repetidas muestras de amistosa benevolencia. Cuando hablaba del joven compositor, nadie había oído salir de sus labios las terribles palabras que habían desollado á todos los músicos vivientes, y hasta en sus crónicas se había ocupado de *Erin* con cierta condescendencia.

En vez de las blasfematorias negaciones con que solía acoger toda nueva producción, había escrito con respecto á la obra de Derstal diez líneas tan sólo, que habían hecho palidecer de envidia á la sección musical del Instituto: «Esto no es nada, y, sin embargo, en medio del caos polifónico que los desvergonzados manipuladores de corcheas han tenido la audacia de hacer suceder á las nobles y puras armonías de los ilustres maestros del siglo pasado, *Erin* brilla con modesto, pero apreciable resplandor. El músico que ha realizado la obra ha sabido respetar las tradiciones, y ha procurado hacer arte puro. La instrumentación no ahoga el canto con el desencadenamiento forzado del metal enloquecido: no ha inventado ningún instrumento nuevo para que pueda ser añadido á las incoherencias aullantes de los modernistas; nos ha hecho oír la madera un instante, y como una remembranza del inmortal Weber, ha refrescado nuestro pensamiento.....»

Después de estas alabanzas, tan raras en él, Lavirón se había ensañado con Massenet, llenando

tres columnas enteras para maltratarle y ponerle como chupa de dómine, sin tener para ello pretexto alguno, y sólo por capricho. El interés que el crítico demostraba por Derstal, no sólo se había manifestado con los elogios que de él había hecho, sino por la estrecha amistad que con él entabló. El salvaje hombre de letras, que no se familiarizaba con nadie, trataba al joven compositor con marcada benevolencia. Hablaba con él, y cuando se marchaba de casa de la señora de Larsay, cosa que regularmente hacía á media noche, para dirigirse á la calle de la Universidad, en una de cuyas antiguas casas vivía, se llevaba gustoso á su favorito, con gran asombro de los que sabían que era inabordable hasta la descortesía.

Durante esos paseos nocturnos á través del *faubourg* San Germán, el viejo escritor se apoyaba en el brazo del músico, y hablando familiarmente daba rienda suelta á su verbosidad. Se ocupaba de música, pues ésta era para él una necesidad intelectual imperiosa, y hablaba también de literatura y pintura con una elevación, un gusto y una sensibilidad, que no pedían sospechar los lectores de sus semanales diatribas. El fogoso imprecador se convertía en poeta, y Derstal escuchaba con satisfecha curiosidad la palabra abundante y animada con que el hombre de letras vertía sus apasionadas improvisaciones; pues en todo y para todo era apasionado, siendo Eva Bri-

llant una de sus más grandes adoraciones. Él, que había colocado en el bajo nivel de cantantes de café-concierto á artistas célebres en el mundo entero, y que había hecho llorar de rabia á «virtuosos» que cimentaban su fama en el entusiasmo de las muchedumbres, rendía culto de verdadera admiración á la joven cantante.

—Tú ves, hijo mío—le decía á Derstal,—Eva es la única que sabe conmover, hasta en los momentos en que no canta. Las otras, en cuanto han terminado de decir su parte, permanecen indiferentes á la acción. Cuanto sucede á su alrededor no les interesa lo más mínimo. Sonríen estúpidamente, ó con los brazos caídos hablan con sus compañeros, como queriendo decir al público: «Mi trabajo ha terminado, y no tengo ya nada que hacer en la escena.» Pero Eva es siempre la heroína; llora con su amante, se alegra con su padre, triunfa con la victoria, gime con la derrota y es siempre noble, atractiva, animada; en una palabra, es el personaje que encarna. ¡Ah! Yo querría verle representar *Alceste* ó *Armida*; oírle cantar esta música divina, dando á estas grandes creaciones del genio forma espléndida y brillante. Sentiría una satisfacción artística inmensa.... Hasta creo que la alegría me haría llorar.

Derstal, á través de los apasionados ditirambos de Lavirón, no tardó en adivinar que todo el interés que el crítico sentía por él tenía por causa la secreta adoración que Eva Brillant le inspi-

raba. Lo que admiraba en él era la mujer que él amaba; y la ilusión de la belleza que sus obras proporcionaban al detractor de los músicos modernos, le era impuesta por el prestigio indiscutible de la cantante. Con secreta amargura se convenció de lo mucho que debía á Eva, y sin poder evitarlo, empezó á dudar de su propio valer. Se preguntó si el fenómeno que en Lavirón se producía no se produciría también en el público, siendo, pues, ella la que, pareciendo tan sólo embellecer su música, le prestaba, por el poder de su arte, un valor que, en realidad, no debía poseer. Por su imaginación pasó la idea de hacer representar *Erin* por otra cantante, y sintió celos de su amiga, tan tierna, tan ardientemente abnegada para él. Muy pronto esos bajos sentimientos le hicieron enrojecer, y la razón le ordenó luego que respetase el amor propio de la gran artista, á quien tanto debía. Pero ya la quería menos, y mientras Eva sólo pensaba en la gloria de Derstal, éste empezaba á encontrar pesada y enojosa la protección que su compañera de éxito desplegaba sobre él.

La cantante no había sospechado nunca que sentimientos tan bajos turbasen el alma de Derstal. Con su gracia meridional, y sonriente y zalamero siempre, el compositor no se dejaba penetrar fácilmente. Lo que de su naturaleza dejaba salir á la superficie le hacía simpático á todos. Tenía facilidad de palabra, un talento muy flexible y

esa verbosidad agradable que proporciona á los que la poseen reputación de gentes encantadoras. En un círculo de mujeres de mundo, Derstal, hablando de música, con los ojos medio cerrados, podía muy bien producir la impresión de un artista inspirado. Sabía escucharse, y adoptaba siempre los ademanes que consideraba más adecuados para hacer efecto. Desde este punto de vista era un poco *tenor*, pero su juventud y la hermosura de su rostro le captaban la general indulgencia. Sus compañeros decían: «Verdaderamente hay que confesar que es un poco cómico»; pero las gentes del gran mundo, para defenderle de esta acusación, replicaban siempre: «Es tan distinguido, que sus envidiosos amigos no le perdonan que se parezca á nosotros.»

Algunas veces Derstal levantaba tempestades en el corazón de algunas de las grandes señoras que con tanta solícitud le patrocinaban; pero con tacto exquisito y con habilidades de cortesano sabía mantener sus ardores en la esfera etérea y platónica de las comuniones musicales. Todo esto era causa de que sus relaciones aumentasen de día en día, sin provocar murmuraciones ni excitar rencores. Era el amigo íntimo de sus estéticas enamoradas, y como todo se hacía musicalmente, nadie tenía motivos para murmurar ni para enfadarse. Lavirón decía:

—Ese Derstal es un asombro; todo lo relaciona con la música, y únicamente se excita cuando se

sienta al piano. No hay peligro ninguno de que se consuma como se consumió Chopín. En cuanto se aleja del teclado, se queda más frío que un carambano de hielo. Las infelices que hacen esfuerzos para colocarse á la altura de su diapason pierden el tiempo. Después de todo, tiene á Eva Brillant, y si la engañase con una de esas muñecas de salón que cantan como flautas rajadas, sería una ingratitud y una estupidez. Por lo demás, no tardaría en ser castigado, pues si esa admirable criatura quisiese vengarse, no tendría que preocuparse mucho para elegir, pues todos cuantos en París tienen ojos y oídos se postran admirados ante ella.

Y todo esto era una gran verdad. Desde que había hecho su aparición y triunfado en la escena, Eva tenía constantemente tras de sí un verdadero cortejo de admiradores. Sin ocuparnos de ese determinado número de hombres á los que parece indispensable tener una querida que atraiga todas las miradas, y que están dispuestos á darle una fortuna á cambio de sus favores, Eva recibió los homenajes de los galanteadores más empingrotados de París. Pudo elegir entre los protectores millonarios y los amantes más seductores; pero á unos y á otros dispensó la misma acogida. Quería á Derstal, y además estaba firmemente decidida á permanecer fiel á su gloria. Pero lo que ella no podía impedir era que la amasen, y hacía tan grandes esfuerzos para atenuar suavemente sus negativas, que ne se dió un solo caso de que un

pretendiente desdeñado dejase de ser adicto á su persona y de celebrar sus méritos.

Entre los más apasionados, el anciano duque de Lartigues y Mauricio Perlín el pintor simbolista, demostraban sentir una verdadera adoración por la hermosa artista. La representación financiera la tenía Cantenac, socio de la casa Florenhein y Cantenac, *sportmen* riquísimo, que gastaba los beneficios que en Bolsa obtenía criando y sosteniendo caballos de pura sangre. Cantenac, que no creía más que en el poder del dinero, había hecho ofrecimientos regios á Eva Brillant. Le ofreció un hotel, un gran tren de casa y rentas que le habían de asegurar el presente y el porvenir; pero no por esto fué más afortunado que sus rivales. La cantante se juzgaba rica con lo que ganaba, y como quiera que sus gustos eran modestos, no se sentía dispuesta á vender á ningún precio su hermosura, su juventud y su talento.

Todas estas cosas se sabían, y Cantenac era el primero que no perdía ocasión para asombrarse en público de su derrota. Contaba que el día de Año Nuevo le había enviado un regalo á Eva que consistía en cien billetes de mil francos completamente nuevos y metidos en una cartera de piel de Rusia con sus iniciales de oro, sin que se dignase admitirlos. Por su parte, el duque de Lartigues, que había conocido á la Malibrán, imponía con caballeroso arranque y como un culto artístico la admiración por Eva Brillant. Mauricio Perlín se

limitaba á pintar á la inhumana bajo aspectos legendarios ó celestes: unas veces le daba el cuerpo de una sirena, otras, el de una virgen «*botticelliana*.»

La personalidad de la joven, que habría podido atraer la atención del público con sólo la poderosa fuerza de su talento, había adquirido por todas estas causas un carácter particularísimo, y Eva, sin preocuparse lo más mínimo para dar vuelos á esta propaganda indispensable para el desenvolvimiento de una gran reputación de artista, se había limitado á aceptarla pasivamente. En una palabra: esa notoriedad resplandeciente, que como brillante aureola rodeaba á la joven, únicamente la debía á sí misma, y era el justo tributo rendido por sus adoradores y el público á su belleza, su valer y su talento.

La única persona que, aparte su madre y Derstal, podía envanecerse de ocupar un sitio en el corazón de Eva, era un compatriota, el expansionado á Roma, Pinchart. Cuando Eva llegó á París procedente de Lyon, pobre y sin apoyo, Pinchart, discípulo del viejo maestro Réber, al que sustituía en su cátedra de Composición, por más que tenía casi la misma edad que los otros discípulos, se había interesado por ella, y se lo había demostrado allanándole cuantas dificultades se presentaron para que entrase en el Conservatorio. Pinchart, tan feo como buen mozo Derstal, y teniendo una voz tan mala como bien timbrada era la del autor

de *Erin*, parecía condenado, por el ridículo que naturalmente emanaba de su persona, á ser escarnecido toda su vida. Era, además, tan tímido, que ni siquiera se atrevía á hacer oír á Eva la música que escribía, ocultándola con tanto empeño, que al cabo de algunos años la joven se preguntaba si Pinchart sería un perezoso inveterado, ó un fruto seco que se contentaba viviendo materialmente.

No obstante, trabajaba con ardoroso entusiasmo amontonando las sinfonías y oratorios, desentrañando con devota paciencia las obras maestras de los grandes compositores del pasado.

Una noche en que, después de haber comido en casa de Eva, Lavirón iniciaba una discusión á propósito de Porpora y de Scarlatti, Pinchart se sentó al piano con mucha naturalidad y ejecutó las piezas á que el crítico se había referido. Lavirón, asombrado primero y entusiasmado después, había insidiosamente empujado á Pinchart, y durante dos horas le había hecho dar pruebas de una erudición musical rarísima. Pinchart conocía toda la música antigua, y pasaba de Rameau á Piccini, de Bach á Roland de Lassus con dominio perfecto; lo cual no era obstáculo para que conociese muy á fondo á los maestros de principios de siglo, los Grétry, Boieldieu, Herold, Halévy, Auber, y lo mismo los del fin, desde Hervé hasta Offenbach. Aquel muchacho feo, modesto, tímido y extraordinariamente ridículo, era un portentoso fenómeno

de memoria. Lavirón, con propósito de divertirse un poco, dijo:

—Hace tres años oí en el andante de un concierto de Saint-Saëns una frase muy hermosa.....

La tarareó, y Pinchart, sin vacilar, ejecutó el concierto desde el principio hasta el fin. Eva estaba sorprendida; Derstal reía.

—Este Pinchart es un fonógrafo universal.

Lavirón ni siquiera sonreía. Muy formalmente pensaba en servirse de Pinchart para documentar su crítica, y aprovechar la primera ocasión que se presentase para aplastar sin resistencia posible á sus rivales, utilizando los inextinguibles recursos que poseía el compositor. Eva, acercándose á Pinchart, le dijo:

—Veamos, amigo mío; usted toca todo cuanto queremos de la música de los demás..... Ahora háganos oír algo de usted.....

Pinchart enrojeció hasta la raíz del pelo y pareció abatirse con un profundo pesar.

—¡Ah! Mi música..... Mi música.....

—¿Acaso no compone usted?

—Sí, pero ¿para qué hacerla oír?

—Pues para que la conozcamos.

—Ustedes saben que yo no canto.....

—Bueno, pues una pieza para piano.....

Al fin se decidió, y después de un prelude, hizo oír una melodía deliciosa, de sorprendente originalidad y de una sencillez extraordinaria. Lo que Pinchart tocaba no se parecía á nada de lo que

habían oído. Era una danza extraña, pero de un ritmo exquisito, entrecortado por frases poéticas y melancólicas para recobrar luego el movimiento brillante y hundirse de nuevo en penetrantes languideces. Un silencio general siguió á la terminación de la pieza, y el compositor, interpretándolo como un signo de desaprobación, permanecía con la cabeza inclinada y dispuesto á excusarse, cuando vió que Eva se le acercaba con los ojos radiantes de alegría.

—Pero Pinchart, esto es admirable..... ¿Cómo escribiendo semejantes cosas, porque estoy segura de que tiene usted otras muchas, casi hay que violentarle para que las haga oír? Oliverio, ¿no es verdad que esto es encantador?

—Está admirablemente. ¿Verdad, querido maestro, que Pinchart escribiría bailables maravillosos?

—Verdaderamente; este fragmento es de un gusto exquisito. Vosotros, hijos míos, sabéis lo que pienso de la música moderna, ¿no es cierto? Es una porquería, buena cuando más para los abonados de los teatros subvencionados. Pero realmente, Pinchart, sin imitar á los grandes maestros, ha sabido hacer obra de músico. Querido amigo, es usted un artista..... Yo creí que Derstal era el único. ¡Demonio! No me vuelvo atrás: son ustedes dos. Los demás, son todos unos chapuceros.

Pinchart, encarnado de gozo, se había levanta-

do con la mano tendida hacia Derstal; pero éste, turbado por los elogios que el temible crítico acababa de dirigir á su compañero, hizo un esfuerzo para recobrar su dominio sobre sí mismo. Su entusiasmo había caído ya, y con frialdad relativa recibió el testimonio afectuoso de Pinchart. Los celos empezaban á germinar en su interior.

—Será preciso que hablemos en la Ópera de la música de nuestro amigo—dijo Eva con entusiasmo.—No saben á quién dirigirse para que les dé una obra que ofrezca alguna seguridad. Indicándoles á Pinchart les prestaremos un verdadero servicio.

—Sí—contestó evasivamente Derstal,—yo veré al director de Bellas Artes.

Pinchart, menos sensible á las promesas de su compañero que á los elogios de Eva, se sentó otra vez al piano, y más dueño de sí, y más libremente, dió á su auditorio las pruebas de un ingenio y de una maestría que prometían un gran músico. Entretanto llegó el verano, y Eva, al quedar libre, fué á instalarse en Saint-Cloud en una casita colocada en medio de una sabana de verdura, y desde las ventanas de su habitación dominaba los hermosos valles del Sena. Pasados ocho días, Derstal fué á reunirse con ella, y una existencia deliciosa de amor tranquilo y libre empezó para los dos jóvenes. Era la primera vez que no se separaban un momento, y día y noche se comunicaban hasta sus más pequeños é íntimos pensamientos.

Por las tardes paseaban por los grandes bosques, por los misteriosos senderos que hay á orillas del río, y en la soledad de la olorosa verdura permanecían soñadores, confundiendo sus sonrientes esperanzas con encandadoras realidades.

Ningún momento de su vida había sido ni podía ser más dichoso. Eran jóvenes, se querían, estaban satisfechos del presente, confiaban en el porvenir, todo les sonreía, y se daban cuenta y gozaban de los encantos que les ofrecía la vida. Con objeto de descansar en el silencio y la inacción, Eva había rechazado cuantos ofrecimientos le habían sido hechos por las empresas teatrales del Extranjero. No abría el piano, no cantaba nunca, y cualquiera habría podido creer que se había quedado sin voz. En cuanto á Derstal, nunca había trabajado menos que durante su estancia en el campo. Otras veces, en los tiempos en que la miseria llamaba constantemente á su puerta, solía decir con un fingido entusiasmo:

—¡Qué felicidad tan grande debe ser poderse instalar en un rinconcito apacible y riente, donde no se oiga más que el canto de los pájaros, y componer allí música ardiente y apasionada!

Derstal estaba instalado en el rincón más apacible y riente que se podía soñar, y los pájaros canoros inundaban el jardín con sus trinos; pero, tendido en un sofá y con el cigarro en la boca, dejaba pasar los días sin escribir una nota, sin abrir siquiera el manuscrito de *La Veneciana*,

cuyos cuadernos azules dormían encima de la mesa.

Cuando Eva, preocupándose por esa pereza tan prolongada, le dirigía cariñosas preguntas con respecto á sus propósitos de trabajo, el músico contestaba con una sonrisa:

—No te apures, pues no pierdo el tiempo; pienso. Esto es lo importante, que las ideas vayan tomando cuerpo en mi imaginación, y verás cómo el día menos pensado aparecerán en perfecto orden. No tendré más que desarrollarlas, y mi partitura estará terminada.

Eva no insistía, convencida por las palabras del músico; creía con fe ciega en el porvenir de su amante, y la pereza que le tenía inactivo días enteros se le antojaba el recogimiento del genio. Los domingos, algunos amigos íntimos iban á pasar la tarde y á comer con ellos. Había dos que no faltaban nunca, y éstos eran Lavirón y Pinchart. El crítico recogía al músico en su casa, un quinto piso de la calle Papillón, y juntos tomaban el ferrocarril. Algunas veces se entretenían paseando por los bosques, y en más de una ocasión se habría podido sorprender á Lavirón y á Pinchart que dejaban transcurrir las horas disertando sabiamente sobre un maestro olvidado; y en el silencio del bosque la voz fuerte y áspera del crítico, haciendo el elogio de una melodía, asustaba á los pájaros.

La venalidad de los artistas era uno de los temas favoritos de Lavirón, y afirmaba que la co-

rrupción de las artes se debía al desmedido afán de lucro de los productores.

—Un artista que piense en otra cosa que en crear una obra perfecta, está condenado al fracaso. El deseo del éxito remunerado es la ruina de la inspiración. Al concebir es preciso que únicamente se tenga la preocupación de la belleza, porque de lo contrario, la obra pensada no es más que una vergonzosa producción comercial. El artista que se amolda á hacer todo lo que le encargan, es más despreciable que un zapatero remendón. La persecución del ideal, el deseo de alcanzarlo tan sólo, es digno de un gran espíritu; pero ponerse á trabajar considerando las ganancias como meta, por grandes y seductoras que sean, es tarea digna de un mercenario. Es preciso seguir el camino de la gloria y no el de la fortuna. El artista enriquecido no es más que un águila pesada que no puede abrir las alas sin ir á caer en el lodo.

Derstal y Eva hacían coro al crítico cada vez que éste entonaba el himno en honor de la gloria. Eva, que había sacrificado todas las ventajas que el Extranjero le ofrecía para consagrarse á la carrera francesa, no podía imaginar suerte más envidiable que la de triunfar en la Ópera y hacerse en ella un gran nombre. Derstal, aún en la embriaguez de sus primeros éxitos, conservaba la sencillez de gustos de su pobre juventud, no pensando más que en la celebridad, y queriendo adquirirla únicamente por medio del trabajo. Su

entusiasmo para triunfar era grande, y subordinaba su vida entera al desenvolvimiento de su carrera artística. Si le hubiesen dado á elegir entre una vida larga y obscura y otra corta y resplandeciente, no habría vacilado en hacer un pacto con la muerte y con la gloria. Hacia ella se dirigía con los ojos ardientes y los brazos abiertos.

Algunas veces Eva se sentía celosa de la pasión con que Derstal expresaba sus ambiciosos sueños, y con frecuencia se preguntaba si se sentía más atraído por la mujer ó por la esperanza. Con algo de amargura vacilaba en contestarse. Pensaba: ¿Me quiere porque le hago dichoso físicamente ó porque satisfago su quimera artística? ¿Es la mujer ó es la cantante la que estrecha con transporte entre sus brazos? ¿Cuál es la causa de la influencia que ejerzo sobre él? ¿Mi belleza ó mi talento? ¿Acaso será todavía su música lo que quiere en mí? Después de todo, ¿qué importa? Si mi persona se confunde para él con mi arte..... así me querrá doblemente, gracias á la alianza de su corazón y de su cerebro.

El verano pasó para Eva en una calma deliciosa. Descansó de su trabajo del invierno, y Derstal, que se había prometido regresar á París con su obra terminada, sólo escribió algunos fragmentos del tercer acto. En cambio rebosaba de proyectos, y si hubiese ejecutado la mitad nada más de lo que explicaba, describía ó esbozaba con una verbosidad inagotable, habría vuelto á la capital